ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900

EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

SEGUNDA CONFERENCIA

(Continuación).

El último punto de que trataré ahora será el de la *Ley Moral*, y aquí, como anteriormente, fiel al objeto que me propongo, me esforzaré en reconciliar todos los sistemas, seguro de que todos los hombres sólo buscan la verdad y persiguen el bien. Sintetizaré los diversos aspectos de la Ley moral que han llamado la atención de los hombres, bajo tres formas principales diferentes. A éstas podría llamárselas: la moral revelada, la moral de la razón y la moral de la intuición.

La moral revelada es la de los pueblos primitivos, compuestos de almas jóvenes. Esta es dada—*revelada*—por los grandes seres que han traspasado el período humano, y que vuelven á reencarnarse voluntariamente con objeto de ayudar á sus hermanos más jóvenes: esos seres se encuentran en la base de todas las tradiciones antiguas; son los personajes misteriosos que aparecen en los albores de las razas, como son Manu, Menes, Moisés, Orfeo; los dioses, semidioses y héroes. Descienden sobre la tierra para auxiliar á los pueblos en su infancia; para tan delicado trabajo, son necesarios una

profunda sabiduría, el prestigio debido á la bondad, la nobleza del alma, la ciencia y el poder milagroso. Para señalar el camino es preciso ser sabio; para atraer la confianza y el amor, son indispensables la nobleza de sentimientos y la bondad del corazón; y para imponerse definitivamente á aquellos que ya saben que su guía es sabio, leal y *divino*, precisa ser poderoso. Esos seres imponen la moral á sus hermanos menores; facilitan la obediencia por el temor al castigo ó por el deseo de la recompensa; dejan ancho margen á las debilidades exigiendo tan sólo los rudimentos de la virtud: sólo piden aquello que podemos dar. ¿Acaso no obramos con los niños de igual modo? Absurdo es pedir lo imposible; exigir á almas jóvenes la perfecta moralidad, es como pretender que el débil brazo de un recién nacido posea la misma fuerza que el de un hércules.

Siendo sabios esos grandes Reveladores, dotaron á las razas primitivas de códigos que á nosotros, raza más moderna, parecen á veces inmorales. Leed la Biblia y en ella encontraréis que Moisés instituyó la ley del Talión, la poligamia, los sacrificios sangrientos.

Si fuese la Teosofía enemiga del cristianismo, bien fácil me sería combatirlo en este terreno; pero como ya os he dicho, aquélla es amiga de todas las religiones; es un fragmento nuevo y más brillante de la Verdad universal, y os explica el motivo de aquellas tolerancias.

No fué la misma la ley de Cristo, porque el pueblo hebreo había madurado en el transcurso de los años; cuando vino Jesús á predicar el nuevo evangelio, habían crecido las almas; así fué su moral más severa, más elevada, mucho más noble y pura; y más pura aún será la moral, más nobles serán todavía los mandamientos del próximo Mensajero, de aquel que echará los cimientos del edificio religioso de la raza futura.

Mas cuando han crecido los hombres, cuando ha despertado su inteligencia, se rebelan contra la obediencia ciega; quieren saber la razón de la obediencia, y entran á partir de aquel momento en una nueva era. Discuten las leyes morales reveladas, estableciendo nuevas leyes; crean sistemas teóricos de los que sacan aplicaciones prácticas; modifican, destruyen y vuelven á edificar, á medida que su inteligencia y experiencia les proporcionan nuevos materiales, abriéndoles más amplios horizontes.

La humanidad actual hállase en este período; la parte más avanzada de aquélla ha rechazado los mandamientos transmitidos por la tradición religiosa, basando su conducta en la razón, y ésta le ha demostrado al fin que el Bien es aquello que favorece al mayor número de individuos. La moral de la razón es la moral utilitaria, siendo su criterio el siguiente:

¿Tendrá tal ó cuál regla de conducta el mejoramiento del mayor número de seres por resultado? En caso afirmativo será considerada como buena. ¿No aprovechará, por lo contrario, sino á la minoría de aquéllos? Entonces será mala.

Y así es; el individuo debe ceder el paso á la colectividad; hemos de servir á los demás antes de servirnos á nosotros mismos.

Y la humanidad modifica y purifica sin cesar su ley moral, guiándose por la razón, por la luz de la inteligencia.

Mas el hombre, el alma, crece constantemente; se dilata su corazón; nace el amor; una nueva luz se abre paso en la obscuridad, luz débil al principio, pero que se convierte en una llama, que también alumbra á su vez, pero cuya luz ya no es la fría luz del cerebro, el resultado del cálculo, del razonamiento; es el resplandor de la Vida que se impone, que se manifiesta afuera, que irradia y habla con esa voz insonora que es más poderosa que el mundo: la voz de la conciencia, de la conciencia desarrollada, divinizada. Es una nueva era que aparece, habla la voz de la conciencia, ordena, sus consejos son leyes, y hablando, ilumina.

Llegado el hombre á este punto de desarrollo, *sabe* lo que debe hacer; ya no necesita de los preceptos de la moral revelada; ha traspasado las conclusiones elaboradas por su razón; siente en él la Ley, ley más exigente, más severa, más minuciosa que todas las precedentes: debe seguirla porque siente y sabe que así ha de ser.

Tales son las tres formas de la Ley moral. Las tres ayudan á la evolución y conducen á la meta por caminos distintos: la primera nos lleva á ésta por el ancho y fácil camino de la infancia; la segunda sigue la dirección accidentada que las tentativas diversas de la razón vacilante le trazan, y la última asciende en línea recta hasta la meta por una escarpadísima pendiente que sólo las almas más robustas, más valerosas y más nobles pueden afrontar.

III

Relación de la Teosofía con las Religiones

Voy á tratar del último punto: las relaciones de la Teosofía con las Religiones. Aquéllas son numerosas é importantes y aquí, más aún que anteriormente, es donde se esfuerza la Teosofía en unir á los hombres.

La Religión es el estudio de la divinidad, en la naturaleza en general y en el hombre en particular. No existe ser alguno capaz de comprender á Dios enteramente, fuera de Dios mismo; pero las almas son chispas del sol divino, *gérmenes* que la evolución convierte en dioses. Así como las facultades de un niño se desarrollan con la edad, de igual modo se conocen mejor las almas á sí mismas, conocen á la divinidad más perfectamente á medida que avanzan en edad, que principiaron desde tiempo más largo su evolución. Así como es progresiva la enseñanza y varía de forma según la naturaleza de los discípulos, así mismo es la enseñanza de la religión progresiva y cambia de forma según la edad y naturaleza de las almas. A las almas jóvenes enséñanse los rudimentos de la religión — aquello que tocante al gran Misterio pueden comprender —; á las que sólo han desarrollado hasta ahora las energías brutales de la naturaleza inferior, incúlcanse primeramente las lecciones

de la tolerancia y del amor; á aquéllas cuyo corazón domina á la cabeza, se las somete á los ejercicios que desarrollan la inteligencia, y á las almas faltas de energía opónense obstáculos progresivos con objeto de desarrollar en ellas la fuerza. He aquí la explicación de las diferencias en las religiones; el por qué de la *letra* y del *espíritu*. La *letra* es la forma, el celemín que encubre el fulgor de la luz, de esa luz que ciega los ojos débiles pareciéndoles obscura; el *espíritu* es la vida, la luz.

La letra es para las almas jóvenes; el espíritu para las almas adelantadas; gradúase la luz, según la fuerza de los ojos; constituyó esa graduación los diversos grados de la enseñanza religiosa de todas las iglesias. Los grados superiores eran secretos; el conocimiento de su existencia solo hubiese instigado el deseo á la envidia entre los excluídos, sin contar los inconvenientes mucho más graves que hubiesen resultado.

Por qué la forma de la enseñanza varió, por qué los celemines que contienen la luz fueron distintos en su transferencia, consideraron los hombres de conocimientos insuficientes á las religiones, como revelaciones opuestas, y la misma ilusión, la misma ignorancia hizo creer á los fieles de cada una de aquéllas que solo la suya era la buena. Interrogad á un buddhista, á un mahometano ó á un cristiano, y todos os contestarán: la religión verdadera es la mía. Interrogad, entre los cristianos, á un católico y á un protestante; ambos os dirán: mi religión es la que tiene razón. Preguntad á una secta cristiana cualquiera, y su respuesta será: yo solo estoy en lo cierto. Todos aducirán razones, razones que creen excelentes, inatacables, irrefutables.

¡Inmensa ilusión, y también ilusión terrible, ya que originó las guerras religiosas, organizó las matanzas, encendió las hogueras y creó el tormento!

A todos dice la Teosofía: Sois estuches diversos de la divina Joya, de la Religión-Una; abandonad la contemplación de los estuches, examinad el precioso objeto encerrado en ellos, y veréis que los estuches de todas las religiones contienen la misma Joya, la misma luz divina: la *Verdad*. El espíritu de las religiones es la Joya, siendo los estuches la letra: abrid éstos, y en todos hallaréis la misma Joya.

La Teosofía nos ofrece, además, la clave que abre todos aquellos estuches; lo he experimentado yo mismo, y he visto y comprendido; y mi antigua intolerancia, fruto de la ilusión y de la ignorancia, hubo de ceder el paso á la tolerancia amplísima; puedo asociarme ahora de todo corazón á todos los cultos, puedo rezar en todas las iglesias y deseo mostraros esta noche lo que yo mismo he visto.

En efecto, si analizamos el corazón y el espíritu de las religiones, observaremos que éstas son idénticas, que sus enseñanzas son las mismas. Voy á tratar, por lo tanto, de algunas de esas doctrinas con el fin de demostraros que son iguales en su espíritu, aunque las formas con que se revisten aquéllas sean distintas: examinaré el Sacrificio divino, la Trinidad, la caída del Hombre, la Redención y las enseñanzas generales respecto á la «otra vida.»

* * *

En la base de todas las grandes religiones se encuentra el *Sacrificio.* Entre los hindos hallamos el sacrificio del caballo, el del cordero entre los cristianos (no se trata aquí del Cristo, sino del «cordero inmolado antes de la creación de los mundos» de que habla el Apocalipsis); el cordero y el caballo representan la divinidad en aquellas dos religiones. Entre los egipcios, es la destrucción de Osiris mutilado por Tifon, la serpiente infernal; en los misterios báquicos, es Baco (Dios) muerto á manos del Titan, el demonio. Siempre, y en todas partes, precede el sacrificio divino á la creación. Puesto que ya he hablado del mito de Baco, volveré sobre este punto para que se vea cómo los antiguos sacerdotes, que á la vez que sabios estaban iniciados en el misterio de la Vida, sabían ocultar las verdades más profundas bajo el velo de la alegoría.

Nos representan á Baco como un niño jugando á los dados. Absorto en su juego, déjase sorprender por el Titan que le mutila, reuniéndose y reconstituyéndose más tarde los pedazos de su cuerpo.

Baco es el Creador; crea los estados y las múltiples formas de la materia cósmica, por medio de diferentes combinaciones de átomos. Sus «dados» presentan la forma de los cinco poliedros regulares que ya hemos estudiado, y que, como hemos visto, simbolizan á los átomos primitivos de los diversos mundos. La esfera representa al átomo primitivo del primer mundo; el punto, símbolo del átomo primordial del mundo físico, que no existe entre esos dados, porque no puede ser representado por un objeto sólido, es una abstracción. El juego de los dados es, por lo tanto, la creación.

¿Qué es el Titan? Hemos dicho en la primera conferencia, al tratar de la ley de causalidad *(Karma)*, que no puede efectuarse la manifestación del universo sin los «contrarios», que no es posible crear fuerza alguna sin una resistencia, sin un punto de apoyo, que no hay luz sin sombra, y que en último resultado, todos esos contrarios poseen como raíz común, como síntesis, dos *raíces opuestas* que la ciencia llamaría, según creo, la raíz de la fuerza y la raíz de la materia, y que simbolizaban las religiones de la antigüedad con lo que se llama en el Cristianismo hoy día Dios y el diablo. Es la actividad divina que á la vez produce la fuerza y lo que á esta fuerza se opone, lo positivo y lo negativo, la actividad y la pasividad.

La fuerza negativa y todo cuanto la representa (la resistencia, la materia) es el Demonio, el Titan, Tifon, lo que permite la creación, el universo; esto es: la multiplicidad, las innumerables formas del mundo. Dios se encarna así en este mundo, masas, formas; cada forma encierra, por decir así, una parte de Dios; la divinidad, Baco, está por lo tanto mutilada, hecha pedazos como Osiris, como el caballo hindo y el cordero cristiano. Mas cuando aquella encarnación, aquel sacrificio de Dios, ha permitido la evolución, ha permitido que se convierta cada ser en un centro divino, en un «dios»; esos dioses, esos hijos nacidos de la procreación del Padre celeste, han aprendido que no son fragmentos separados, como creyeron durante el largo transcurso de su peregrinación, sino chispas del mismo Sol espiritual, saben que forman un

todo, una unidad; se han reunido los fragmentos del cuerpo de Baco y una vez más constituyen el cuerpo glorioso de la divinidad.

Tales son los mitos: símbolos bajo los cuales se ocultan la ciencia, la filosofía y la religión. La Teosofía, al explicar este símbolo, nos demuestra que todas las religiones han enseñado, bajo formas diferentes, la misma verdad.

* * *

El segundo punto, común á todas las religiones, es la *Trinidad.*

Dios absoluto, infinito, es para nosotros, en el estado actual de nuestro desarrollo, incomprensible, pero sentimos que Dios absoluto es Todo, que cuanto existe es tan sólo la manifestación de los diversos *aspectos* de aquél. La siguiente comparación podrá ayudarnos, hasta cierto punto, á aclarar esta idea. El flúido eléctrico, desconocido en su esencia, es la causa de todas las manifestaciones producidas cuando pasa por diversos receptores; esas manifestaciones no le afectan, si bien aquél es la causa de las mismas; sigue siendo flúido eléctrico puro, aunque produciendo luz, acción química ó movimiento; sus receptores son sus cuerpos, él es el alma de esos cuerpos. Con la variedad de los cuerpos aparecen cualidades varias.

Cuando Dios, lo Infinito, el misterioso ◯, quiere manifestarse, producir un universo, produce su Voluntad en sí mismo un *centro* (la unidad.) La cifra uno, es el punto, es decir, una abstracción, una cosa no manifestada, el Verbo no manifestado; produce después el 2, la dualidad opuesta, de la que ya hemos hablado varias veces. Mas la dualidad, las dos líneas que parten del punto, son solo el principio de la manifestación, son fuerzas indefinidas cuyo punto de partida conocemos, pero no el fin; los límites que Dios les impone completan la manifestación de aquéllas, y esos límites crean el Triángulo. Tal es, considerado bajo el punto de vista matemático, el origen de la Trinidad.

Si le consideramos bajo el aspecto de las facultades, observamos que no puede existir el Ser manifestado sin tres facultades fundamentales, de las cuales es cada una de éstas la raíz de un número considerable de facultades secundarias La primera de esas facultades fundamentales es la voluntad (la Fuerza), la segunda es el amor y la inteligencia es la tercera.

No es posible concebir un dios privado de capacidad, de inteligencia para obrar, un dios cuyas obras careciesen de objeto. Cuando Dios crea un universo tiene el amor por objeto y lo realiza por medio de la fuerza guiada por la inteligencia. La fuerza (el Padre) es la primera persona de la Trinidad, el amor (el Hijo) es la segunda y la tercera es la inteligencia (el Espíritu Santo). El Padre quiere, el Hijo ama, el Espíritu Santo dirige.

Tal es la Trinidad, el triángulo divino, el «prisma», porque la Trinidad es el prisma espiritual que permite la creación, el primer resultado de la manifestación.

Al atravesar el prisma el rayo de luz, se disocia produciendo siete colo-

res. Partiendo de la Trinidad la Esencia divina, da ésta origen á siete jerarquías de seres cuyos jefes son los siete Espíritus supremos, llamados de diversas maneras por las diferentes religiones, pero que todas reconocen. De este punto no he de tratar ahora; bástame haber intentado verter alguna luz sobre la oscura cuestión de la Trinidad.

J. X. H.

(Concluirá).



LOS GRANDES TEÓSOFOS ESPAÑOLES

(CONTINUACIÓN)

Si los árabes iniciaron á los judíos en la filosofía peripatética, éstos fueron los encargados de trasmitirla á los cristianos. Con sus comentarios y traducciones de Aristóteles, contribuyeron á difundir por las escuelas de Occidente las ideas peripatéticas, de que Avicena y Averroes no fueron sino los expositores (1). El representante más ilustre de ese peripatetismo judío fué Maimónides, el autor del *More Nebuchim* ó «guía de los que andan perplejos». La obra de Maimónides es una suma teológica y filosófica del judaismo, redactada con el designio y propósito de realizar en un sistema orgánico la conciliación de dos elementos harto diferentes: la ciencia humana y la ciencia divina, Aristóteles y la Sagrada Escritura. Dióla Maimónides por buena y admitida, y bien pudo preciarse de ser el inventor de la teoría de las relaciones entre la religión y la razón, que tanto había después de discutirse. Con todo, su exégesis era demasiado racionalista para no llamar la atención y despertar las sospechas de las Sinagogas, y así se vió á las de Cataluña y á las del Mediodía de Francia promover una persecución tal, que sólo por la autoridad é imposición que Maimónides llevaba en su superioridad intelectual, se logró desvanecer las desconfianzas y calmar los ánimos.

Respecto de la teosofía y psicología del sistema religioso de Maimónides, notoria es la originalidad de aquella audacísima opinión suya que recuerda la de Aristóteles, reproducida por Spinosa, sobre la perpetuación fuera y sobre el tiempo del entendimiento activo, es decir, ilustrado, perfeccionado, ó

(1) Citaré como principales: á Hardai-ben-Schafront, médico de las cortes de Abderramán III y de Al-Haken II, promovedor de una reacción místico tradicionalista en sentido peripatético; y al toledano Jehuda, que en su *Khozari* y en sus poesías filosóficas y religiosas, trató de asimilar la Kábala á la especulación metafísica, concluyendo en una profesión de fideismo judío ortodoxo que preparó el terreno al ascetismo teórico de Ba'hya-ben-Joseph. Se opusieron á esta dirección retrógrada Abraham-ben-David y el célebre Abraham-ibn-Ezra, conocido en los tiempos del Renacimiento por el extraño nombre de *Avenezra*, con el cual le cita bastante á menudo Pico de Mirándola en su tratado *De ente et uno*. — Véase á Sachs: *Die religiose poesie der juden in Spanien*.

mejor aún, unido y confundido con el entendimiento agente separado. En Maimónides, como en Aristóteles y en Spinosa, esa perpetuación es inmortalidad real cuando se refiere á un entendimiento *formado* por su propio individual esfuerzo; pero es puro anonadamiento cuando se refiere al entendimiento *formal* (hylico), que no es más que una de las varias facultades del alma racional que, como la memoria, la imaginación, etc., está destinada á perecer con el cuerpo. Por eso Maimónides no concede inmortalidad sino al espíritu de los justos (interpretando esta palabra en un sentido muy lato, como ejemplar sintético de las posibles perfecciones espirituales), por ser el único que, merced á su propia actividad y á su espontánea suficiencia, empieza á realizar en la tierra su copulación con el entendimiento, agente separado, con el alma universal. Este es el principio esencial de toda concepción teosófica y psicológica verdaderamente moral y religiosa. Sin duda, añade magníficamente Maimónides, que las almas en general deben sobrevivir á la muerte; mas cada alma no es en su término personal y metafísico «el alma que posee el hombre en el momento de su nacimiento; porque la que nace al mismo tiempo que él, es sólo una causa *en potencia* y una disposición... no un entendimiento en acto». Maimónides aplica aquí la antiquísima y en aquellos tiempos generalizada distinción de alma y espíritu. Pero al referirse al alma de los justos, no piensa en distinción semejante, sobreentendiendo siempre el alma inmortal, esto es, el entendimiento *adquirido*. Si á este grado no se llegó en la vida presente, no corresponde al hombre vivir vida eterna: sólo son dignos de esta eternidad y de esta gloria, los que en su existencia terrenal supieron conquistarlas por el trabajo del espíritu.

Si queremos ahora entrar de lleno en el espíritu teosófico de los judíos españoles, encontraremos que es, en lo que cabe, inimitable, irreducible, y tan regionalísimo y meritorio como el que hemos admirado en los árabes (1), cualidad que da tanto más en que pensar cuantos más indubitables documentos presenta la crítica á favor del absoluto desconocimiento que los últimos tuvieron del gran foco de las luces teosóficas, de la teología alejandrina (2). Aún más: sábese y tiénese por seguro, que el gnosticismo judáico de

(1) «Con los nombres de *filosofía oriental*, y de *filosofía celeste* parece haber existido entre los árabes una especie de doctrina esotérica ú oculta, cuyos monumentos son raros... Antes del siglo XIII había llegado á España esa filosofía secretísima, profesada en misteriosos conciliábulos de Persia, verdaderas sectas de iluminados, á las cuales parece haber pertenecido el cordobés Aben-Mesarra, que en el siglo X trajo á España los libros del falso Empedocles, donde con vagas reminiscencias de la verdadera doctrina de este filósofo acerca del amor y del odio, se exponía sin ambajes el sistema de la forma universal que se desarrolla en larga cadena de emanaciones. Tal doctrina encontró muy pronto eminentes filósofos é inspirados poetas que la raza hebrea ha producido.» (Menéndez-Pelayo: *Ensayos de crítica filosófica*). De los poetas musulmanes habla extensamente Schak en su *Poesía y arte de los árabes en España* (traducción de Valera). Consúltese, además, á Lebon: *La civilisation des arabes*.

(2) Renan, en su libro *Averroes et l'averroisme*, ha probado, sin dejar lugar á réplica, que el neo-platonismo gnóstico fué desconocido por completo en el mundo musulmán.

la Kábala, ese gnosticismo tenido siempre por réprobo y herético en las sinagogas de la Edad Media, á causa de su diametral oposición á la Biblia, no influyó en nada, á pesar de la relativa tolerancia que con él se guardó, en los resultados teosóficos de nuestros judíos, y aún se cree por algunos que fué producido en sus partes principales en nuestra patria (1). Tal fué el primer paso hacia la espontaneidad teosófica dado por aquella metafísica, que aparece ya formada, adulta y casi platónica en la *Fons Vitae* del famosísimo personaje llamado en la Edad Media por Alberto Magno, Santo Tomás y y demás filósofos cristianos, *Avicebron,* y á quien la crítica moderna (2) ha identificado con Salomón-ben-Gabirol, el gran lírico y elegiaco, cuyo himno *Keter Malchuth* sirve de antífona en el día de Kipur y constituye todavía un poema clásico en los devocionarios de los judíos actuales.

En cuanto á los discípulos genuínos de Maimónides, fueron casi todos españoles ú oriundos de España; pues los que aparecen residiendo y enseñando en las regiones del Sur de Francia eran naturales de las provincias españolas ocupadas por los moros, provincias que forzosamente hubieron de dejar á causa de la persecución que contra todos los filósofos independientes habían suscitado las dinastías del reinado almohade. Merecen citarse: Schem-Thob-ibn-Falaquera, autor de un extracto de las doctrinas de Avicebron y de un comentario sobre las de Maimónides; Moisés-ben-Josué, narbonense según unos, toledano ó soriano según otros (3), que continuó la tradición racionalista de la escolástica árabe; y, sobre todo, Levi-ben-Jerson, astrónomo que por primera vez intentó la concepción, no ya unitaria ú ontológica, sino universal y teosófica del mundo. *Vir insignis et celeber mathematicus* le llamó Pico de Mirándola, pagando merecido tributo de admiración, así á su valor personal, como á lo profundo de sus lucubraciones. España fué, pues, como se ve, la nación que fundó metafísicamente la teosofía de las esferas, la teosofía del cosmos.

Con las conquistas de San Fernando, que acorraló á los moros en la ciudad del Darro y del Genil, los judíos desterrados por la antigua intolerancia musulmana regresaron lentamente á nuestra patria, estableciéndose en sus distintos reinos. De ahí vino un torrente de iniciativas teosóficas y una vigorosa impulsión comunicada á las escuelas rabínicas, sobresaliendo entre sus maestros Joseph Albo, Abraham Bibago y los dos Sehem-Tob. El resultado de las nuevas enseñanzas fué peripatético, pero predominando cierta tendencia mística y en parte estética muy próxima al platonismo, sobre todo en el modo de comprender la acción del pensamiento humano, en el que se

---

(1) Según Neubauer, el *Zohar*, la más transcendental de las producciones cabalísticas, debió ser un fruto de las evoluciones de la filosofía musulmana anteriores al racionalismo averroista; por lo menos no puede dudarse de que fué escrito en nuestra patria muy poco después del siglo XII.

(2) Véase á Geiger: *Salomo Gabirol und seine dichtungen.*

(3) Entre ellos Casiri en su *Biblioteca arábigo-hispánica.*

León Hebreo — á «una esencial luz solar, que en su unidad contiene todos los grados y diferencias de colores». «Así como produce el mundo, lo conoce todo y conoce todas sus partes y las partes de las partes.» Según ésto, es cosa cierta que las ideas deben hallarse en la inteligencia del Creador «todas juntamente, abstractas de materia, de mutación ó alteración y de toda manera de división y muchedumbre.» Después de haber probado de esta manera que las nociones ideales de los seres tienen su lugar obligado en la mente del Sumo Hacedor, León Hebreo prueba que esta doctrina, sin haber sido la expresamente admitida por Platón y Aristóteles, es un resultado de la fusión de las doctrinas de estos dos filósofos. Es cierto que Platón, después de afirmar que Dios piensa en el mundo bajo razón de bien, no llegó á decir que lo lleva en la inteligencia bajo la forma de un mundo inteligible, de un mundo de ideas, y más bien tiende á separar éstas de la divinidad. Pero no hay que imitar en este punto á Platón, cuya mente no está clara, aunque se sospeche que sólo su modo de concebir las relaciones del Ser Supremo con los modelos eternos de las cosas pudo inducir á Aristóteles á retirar de Dios un objeto que, como el mundo, haría sufrir su pensamiento. Por otra parte, al corregirles no se les altera ni desfigura, porque en rigor acabaron ellos mismos por volver á la luz de la realidad, y aun por su misma intensidad teosófica no estaban seguros de ser deistas netos. El mismo Aristóteles ha notado que el *nomos* del universo considerado en su totalidad y en la admirable ordenación de sus partes existió *ab aeterno* en el pensamiento divino; y ¿qué es esto sino declarar que sólo dentro de sí ha podido hallar ó percibir los paradigmas que le han servido de modelo en la confección de su obra? Platón ¿no reconoció también la necesidad de hacer radicar sus ideas en un entendimiento universal que las sostenga é informe? (1). Mas si es aventurado é inconveniente hacer decir á los dos príncipes de la especulación griega lo que no dijeron en realidad, no es ya posible pensar de este modo cuando se trata de sacar consecuencias que ellos sólo por espíritu de sistema no sacaron. Así vemos que Aristóteles y Platón convienen en poner en las ideas el verdadero objeto del entendimiento. La única diferencia está en que esos conceptos generales que Platón había separado del mundo de los fenómenos y convertido en seres subsistentes, Aristóteles los considera como producto de una actividad que obra con sujeción á las leyes del orden intelectual. Pero aun aquí la diferencia, según León

(1) Hay que advertir que de esta observación no se sigue que Platón haya pensado ó podido pensar que las ideas ó causas de las cosas tengan su eterno principio en la fuente de toda verdad y de toda realidad, es decir, en la inteligencia divina. Para un moderno, y aun para cualquier partidario de la ideología aristotélica, es obvio que toda idea reclama un entendimiento que la conciba, por no ser más que una modificación de dicho entendimiento, y consiguientemente que una idea eterna reclama un entendimiento eterno en el que radique. Pero estas reflexiones para nosotros tan fáciles, hubieran sido difíciles á los que, como Platón, veian en las ideas tipos inmóviles, realizados, inteligentes é inteligibles por sí mismos.

Hebreo, está en la «corteza de los vocablos más que en la significación de ellos». León Hebreo explica la aparente antinomia en los siguientes luminosos términos: «Platón, hallando que los primeros filósofos de Grecia no estimaban otras esencias y substancias que las corpóreas, y pensaban que fuera de los cuerpos no había nada, se fué al extremo contrario, al de los físicos, y enseñó que los cuerpos por sí mismos no poseen ninguna esencia, ninguna substancia, ninguna hermosura, ni son otra cosa que la sombra del ideal que reside en la mente del Sumo Artífice del mundo. Aristóteles, que halló *á los filósofos por* la *doctrina* de Platón apartados ya de la consideración de los cuerpos, porque estimaban que toda la hermosura, esencia y substancia estaba en las ideas y nada en el mundo corpóreo, viendo que por esto se hacían negligentes en el conocimiento de las cosas naturales, de la cual negligencia había de resultar defecto y falta en el conocimiento abstracto de sus espirituales principios, juzgó que ya era tiempo de templar la exageración que en esto había, y demostró haber propiamente esencias en el mundo corpóreo, y substancias producidas y causadas por las ideas, y haber también en él verdaderas hermosuras, aunque dependientes de las purísimas y perfectísimas ideas.» Ahora cabe determinar lo que es la esencia ó el fondo íntimo de este mundo, que sólo nos es dado conocer en sus formas por la observación. Cuando León Hebreo trata de penetrar en este misterio, mezcla con disquisiciones elevadas sobre *la comunidad del ser del amor y su amplia universalidad* las fantasías estéticas y los errores metafísicos del *Timeo*. Nada más distante de la *Physica* de Aristóteles que su *eidos* ejemplar: nada más poético y temerario que su cosmogonía platónica. Es preciso, sin embargo, hacerle justicia y reconocer que hay en ella algún germen de la filosofía novísima. A mi juicio, la espiritualización del concepto aristotélico de *forma* hecha por León Hebreo para justificar la teoría platónica del alma del mundo, es más sutil que exacta y tiene mucho de errónea, pero los menos favorables al atrevido intérprete del *Simposio* y de las *Enneadas*, no creo que desaprueben ni tengan por sospechosa una exageración que valió á León Hebreo grandes simpatías de parte de los teólogos cristianos de su tiempo. Aparte de esto, es notable que la teoría de la voluntad de Schopenhauer fuese prolijamente explanada en la teoría del amor de León Hebreo. En opinión del optimista judío, como en opinión del pesimista alemán, Dios es el amor en su absoluta intimidad y aseidad; el mundo es el amor objetivado ó diversificado en formas múltiples é imperfectas: la creación es una objetivación del amor ó de la voluntad que se manifiesta en una serie sucesiva de apariciones y determinaciones concretas (1). Por lo demás, la

(1) Cotégese también con Empedocles, el gran teósofo griego, de quien Aristóteles nos ha conservado este pasaje: «Si no hubiera enemistad en las cosas, todo sería uno... todo procede, pues, de la enemistad, excepto Dios»; y Plutarco y Clemente de Alejandría, este otro relativo á la naturaleza misma del amor: «El amor es la caridad que une... es la gracia persuasiva que odia mortalmente á la intolerante necesidad.»

idea que León Hebreo se formó del amor, es todavía demasiado vaga y no completamente verdadera. Como todos los teósofos anteriores á Schopenhauer, no distinguió suficientemente la razón de lo bueno, ni la inteligencia de la voluntad, y vió en el amor, más que una relación voluntaria, una actividad pensante muy próxima al deseo y muy alejada de la benevolencia propiamente dichá. Es siempre un amor intelectual, abstracto é idealista más bien que un principio de amor verdaderamente moral.

¿Y quién podrá desconocer el carácter teosófico de aquel *Exemplar vitae humanae* del judío portugués Acosta, célebre por su incredulidad notoria y por las tempestades que su enseñanza teológica excitó en la Sinagoga de Amsterdam? Era Acosta, por lo tocante á teosofía, la representación de la lucha de la inteligencia con la voluntad. Alma incierta que pasó sucesivamente del cristianismo al materialismo, del materialismo al ateismo y del ateismo al judaismo, sostuvo, después de varias prevaricaciones y conciliaciones con los judíos, que la religión no es necesaria ni útil; que sólo una razón extraviada puede creer en el dogma de la vida futura; que la ley de Moisés es una pura invención humana y de ningún modo obra de Dios; que hay que renunciar á todas esas idolatrías y supersticiones. Y á pesar de esto, y aun con todo esto, su espíritu naturalmente ardiente y lleno de una insaciable necesidad de fe religiosa, tendía á buscar salud y refugio en una luz superior á las deficientes é incompletas de la mente humana. Bajo este aspecto, Acosta es un místico, y sus tendencias é ideas coinciden con las de Platón en la parte más indiscutible y más viva de la moral. Así volvió Acosta á la tradición de Philon y de los sadúceos, cuyas prácticas seguía fiel y escrupulosamente en la vida privada.

Con más ontología que en Acosta se presentó la tendencia teosófica y mística en Cohen de Herrera, cuya *Puerta de los cielos* viene á ser una tentativa de conciliación entre las fantasías cabalísticas y el idealismo platónico. Menos adherido á la ortodoxia judáica se mostró aún Moisés Cordero en su *Jardín de las Granadas* y en su *Palmera de Débora*. Por último, Menasch ben Israel rompió decididamente con la teología tradicional, proclamando la reminiscencia platónica y la metempsicosis pitagórica en su *Spiraculum vitae* y en sus *Problemata XXX de creatione mundi*. Eran estas tendencias como la descomposición del teosofismo judáico.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Se concluirá).

Nota del autor. En el número anterior de este trabajo, clasifiqué equivocadamente á Avicebrón entre los teósofos árabes. Sirva esta declaración de descargo á mi conciencia y de satisfacción á la cultura de los lectores de *Sophia*.

E. G. B.



LA TEOSOFÍA Y EL MATERIALISMO

DESDE el comienzo mismo de la propaganda teosófica en el hemisferio occidental, su literatura de todas clases—periódicos, libros, folletos, etcétera—ha *asegurado continuamente* que *una gran parte de la misión* teosófica era combatir el materialismo tan característico de nuestra época. La palabra «materialismo» no ha sido siempre muy estrictamente definida, pero, por lo general, se entendía que significaba el culto á la materia, el imputar á la materia «todas las formas y toda potencia de vida», la ignorancia, ya que no la negación, de región, mundo ó plano alguno fuera del físico. La Teosofía sostiene la doctrina contraria á que la vida venga realmente de semejante mundo; que el plano material sólo es valioso por hacer posible la manifestación de esta vida y proporcionarle elementos para enriquecerse, y que el campo de la verdad suprasensible es comparativamente mayor, más completo, más grandioso que el material. Su misión es, por tanto, doble: hacer revivir la creencia en lo invisible y hacer que lo invisible explique con amplitud lo visible.

No son pocos los puntos de vista interesantes que se presentan al considerar esta misión de la Teosofía. Para comprenderlo hay que tener alguna idea de lo que es el materialismo, cómo se manifiesta en las *concepciones de hoy* en día, cuál es su efecto en el carácter social é individual, por qué y cómo la Teosofía desea contrarrestarlo. Si no comprendemos la naturaleza del materialismo, no podemos avalorar su *antídoto*.

Hay dos formas de materialismo, como sucede con casi todas las concepciones mentales: el grosero y el refinado. Si por cualquier dirección del pensamiento llega un hombre á la creencia de *que no existe* nada fuera de la materia y de sus fenómenos, el resultado, en su propia vida, estará de acuerdo con su carácter ya formado. Este carácter, dirá él mismo, es producto de la acción material previa. Su *mayor ó* menor sensibilidad á los placeres físicos; la intensidad con que goce

del alimento, de la bebida, de las satisfacciones sensuales; los diversos placeres que puedan comprarse ó encontrarse, son consecuencia de la organización corporal; pero lo mismo sucede, pretende él, con toda apreciación que pueda tener del arte, de la belleza ó del sentimiento moral, pues esto significa simplemente una delicada estructura cerebral, evolucionada por el linaje y las circunstancias sociales. Tal como él es, así desea obrar, y así, como es natural, concede toda libertad al gusto dominante. Si éste es animal, tendrá como objetivo todo lo que los sentidos pueden procurar. Las pasiones más groseras son alimentadas, y no hay inclinación alguna á refrenarlas, puesto que no existe ningún objeto más elevado que el goce. La generosidad del espíritu muere; no hay interés ni cultura en los gustos estéticos, y todas sus actividades se mueven en la esfera de lo sensual. Fácilmente se comprende cómo una vida semejante es fatal á todo pensamiento trascendental, así como á todo afecto verdadero, y cómo todo instinto meritorio es empequeñecido y paralizado. Así como ninguna corriente se eleva á mayor altura que su fuente, la resultante de tales principios tiene que ser siempre material.

Pero hay una segunda escuela de materialistas. Sus profetas y maestros son filósofos de elevada inteligencia, que ven en la naturaleza muchos de sus maravillosos poderes, y con investigación paciente tratan de encontrar otros y de explicarlos todos. La materia es tan rica en su contenido, tan protea en sus cambios y transformaciones, tan gradual, tan delicada é inagotable, que sus departamentos proporcionan un campo ilimitado para la investigación y el estudio. Llenos de entusiasmo á medida que cada nuevo descubrimiento evoca un placer siempre creciente en este universo rebosante de vida, estos hombres prorrumpen en una rapsodia elocuente sobre la fecundidad de la naturaleza. Los grandes naturalistas y físicos de la época acaso no vean claramente más allá de su ciencia el origen divino de sus principios, pero con la mente alerta para los hechos, y con corazón sensible á la hermosura de todo lo que perciben á su alrededor, ensalzan la gloria de ese mundo material que tanto gozan en explorar. El examen de solo un copo de nieve es, como dice Tyndall, «producir el enajenamiento». Y la misma exaltada sensibilidad que tienen por las riquezas de la naturaleza, la llevan á la región del carácter y del motivo. Observad su intensa pasión por la verdad; su celo infatigable hasta que todos los hechos son exactamente comprobados; su cuidado concienzudo para que ningún defecto aminore ó vicie el valor de las conclusiones; su indiferencia á la fatiga y á las penalidades, á las pérdidas y á la im-

popularidad; la completa consagración de su alma al conocimiento, su abnegación, su gozosa exposición de cualquier descubrimiento que pueda reducir las enfermedades ó avanzar las fronteras de la inteligencia general. En la sistemática devoción al servicio de la verdad, estos apóstoles de la ciencia son tan sinceros como cualquier apóstol de la religión.

Considérese también las concepciones elevadas que semejantes naturalezas forman del asunto de su estudio. Así que el microscopio y el alambique les han revelado nuevos estados de materia, antes desconocidos, y así que sus sucesivas investigaciones les descubren más y más las transformaciones de la materia conocida, ven cuán etérea puede ser en esencia y cuán vastos pueden ser sus límites y sus variedades fuera del alcance de sus instrumentos y sus experimentaciones. Con el «uso científico de la imaginación», la persiguen en sus retiros, preveen lo que debe ser su naturaleza y conducta en otras condiciones, describen sus posibilidades cuando es tanto más rarificada que el gas, como éste lo es más que la piedra. Parece que no hay límites para su delicadeza cada vez mayor, ni para sus multiformes combinaciones. Y mientras más amplio es el concepto de cómo obra la organización en la producción de las formas, funciones y resultados, tanto más imposible es determinar un punto más allá del cual deje de haber nuevos organismos de materia más refinada. Puede muy bien haber universos, grado tras grado, cada vez más sublimados y vitales, todos los cuales deberán ser estudiados por el hombre, uno tras otro, á medida que sucesivamente penetra en ellos.

Semejante materialismo está en consonancia con la inteligencia elevada, con los instintos generosos y simpatías, con los afectos delicados y los nobles fines. Concuerda con la filantropía de corazón abierto, con la adopción del bienestar humano como el sólo objetivo de la vida, y con el completo abandono del propio bien en presencia del dolor y de la privación tan extendidos.

Entre estos tipos extremos de los devotos de la materia, el uno sin ver más que sus formas más groseras que usa para los placeres más bajos, el otro que percibe manifestaciones más y más delicadas relacionadas con grados análogos de inteligencia y de sentimiento, existen todos los grados y variedades. El elemento que todos tienen en común y que les da su título, es la negación de que la vida, en cualquier forma, sea más que el producto de la materia organizada, que tenga un origen independiente y subsistente que usa de lo físico como mero instrumento. No hay duda que hay millares de personas que abiertamen-

te profesan esta opinión, y que con toda buena fe no pueden encontrar prueba alguna, ni en la filosofía ni en la intuición, de que haya un mundo del espíritu aún mucho más real que el mundo visible; que haya un hombre dentro de ese tabernáculo de carne que perdurará cuando éste se disuelva en sus elementos. Y, sin embargo, tan poderosa es la tendencia humana, que es de dudar si semejante convicción está muy extendida y no se limita más bien á una pequeña fracción de la comunidad. Existen millones que viven como si no hubiera más que los cuerpos, los asuntos que los sostienen y las satisfacciones que los complacen; pero probablemente sólo es un grupo insignificante el que formula en un credo deliberado el espíritu que guía su carrera. La presión de las circunstancias es demasiada para ellos; intereses importunos fuerzan la atención inmediata; la tregua de los cuidados significa recreación, y no interés por otras cosas; los asuntos no tangibles se consideran por encima de la conciencia. Y de este modo se abandonan cómodamente á las ideas del alimento, del vestido y de los negocios, no negando la existencia de la vida inmaterial, ni tan siquiera poniéndola en duda, sino simplemente ignorándola como muy remota á sus necesidades presentes. Creo que sería un error imaginarse que haya aún en esta época un escepticismo general en cuanto á la realidad de un alma independiente ó de un porvenir no relacionado con el cuerpo; la constitución de la naturaleza humana es demasiado fuerte para una negación que va en contra suya. Es más bien indiferencia que duda, y la indiferencia proviene principalmente de que el esfuerzo, para atender á las necesidades, agota grandemente la vitalidad del hombre.

Pero, por supuesto, existe también esa tendencia, excesivamente poderosa en la naturaleza humana, á considerar como real lo que es concreto, visible y una realidad para los sentidos. Lo que no podemos presentarnos en una forma tangible puede ser real, pero no tiene la realidad de una forma material. En efecto, aquello que sólo vemos por la percepción interna, como en una visión, ha llegado á tener el nombre de «visionario», lo opuesto de lo que comprendemos como «real». Esta falta de disposición á creer real aquello que no se proyecta en el mundo de la forma palpable, está muy extendida en lugares que en un principio no sospecharíamos. El hábito de la época es buscar la explicación de todos los fenómenos de las causas materiales. Esto es, hasta cierto punto, una conducta sana, porque es lo opuesto de aquella práctica medioeval, que atribuía el incidente más sencillo de la experiencia de la vida diaria á las maquinaciones ó malicias de los duendes y poderes invisibles, privando así á la vida de concepciones racionales y

ocupando su lugar con mentidas supersticiones. Pero tan extremada ha sido la reacción, que ahora toda agencia invisible es considerada con sospecha, y no se concede función alguna á planos y poderes que, aunque no pertenecen á nuestro grado de materia, son, sin embargo, tan reales como ésta. Por regla general es, sin duda alguna, un buen criterio no buscar lejos las causas cuando los efectos pueden ser suficientemente explicados por las que están cerca. Pero las causas cercanas explican á veces muy imperfectamente las cosas, y otras nada absolutamente. Cierto es que entonces sería muy antifilosófico no querer considerar las causas adecuadas sólo porque pertenecen á departamentos que la ciencia aún no ha consentido en anexionarse, ó suponer que son imaginarias porque no son convencionales. Sin embargo, todos nos inclinamos á esto. Puede ser justo rechazar las explicaciones ocultas en tanto no sean necesarias; pero las grandes adiciones que se han hecho últimamente en el territorio explorable de los hechos, contienen muchas cosas ante las cuales la ciencia ordinaria se encuentra impotente, y la única alternativa es la ignorancia perpetua ó el esclarecimiento oculto. Mucha parte del hipnotismo es de esta clase, así como muchísimo del espiritismo y sus fenómenos, verdaderamente todo lo que pertenece al mundo psíquico: la cuestión de los sueños, de la conciencia, herencia, genio, clarividencia, profecías y muchos problemas que se están agolpando á la mente, ahora abierta, de la época. La antigua sospecha de las agencias no materiales dificulta, sin embargo, la investigación libre, y cuando se aduce que explican casos de otro modo incomprensibles, se vacila todavía en prestarles francamente oído. Esta vacilación, muy propia para resguardarse de la credulidad, es realmente un vestigio de materialismo cuando traspasa aquel límite, y la Teosofía tiene que combatirlo, no sólo como un prejuicio anticientífico, sino como un obstáculo en el camino del descubrimiento completo.

La acusación de la Teosofía contra el pensamiento moderno, de que es materialista, significa mucho más que la de que su principal objetivo sea el éxito físico—ganancias, lujo, cultivo de los sentidos, conquista de fuerzas, etc.;—más aún que de que su ciencia lucha contra las concepciones de hechos, potencias y realidades más allá del límite de la materia. Hay que tener presente que la Teosofía se halla frente á un estado social general, del cual se ha desvanecido en gran parte la conciencia viva de poderes suprasensibles, de suerte que en todas las secciones, en todas las clases y en todos los temas, se necesita una gran demolición y reconstrucción antes que los motivos más grandes entren marcadamente en acción. Uno de los hechos más lamentables,

y esto en primer término, es que la religión misma se ha infestado de materialismo, y en gran parte no es una protesta contra el materialismo, sino su sostén. Ya se considere la doctrina ó el ritual, el examen demuestra que el pensamiento materialista lo impregna todo, y ha coloreado de tal modo las creencias y costumbres, que la Teosofía no las acusa menos que á la ciencia. Inspecciónese las divisiones del Cristianismo, las Iglesas ritualistas y no ritualistas. De las ritualistas, la Católico-Romana es la que con más facilidad puede estudiarse. Su afirmación más insistente es que el formar en sus filas es una necesidad imperativa para asegurar la salvación. Cualquiera otra cosa puede pasarse por alto; esto nunca. Pero, ¿qué es, en qué consiste tal necesidad? Es la unión con un cuerpo exotérico, una organización tan claramente física como un gobierno civil, con su mismo conglomerado de funcionarios y reglas. La organización está sostenida por una ordenación física, una «imposición de manos» literal, sin la cual no pueden ser válidos los sacramentos, que son los pasaportes para el cielo. Esos sacramentos están tan relacionados con un elemento material, que sin él no tendrían significado y hasta serían imposibles. El bautismo necesita agua. La confesión necesita decir palabras á un sacerdote, cuya absolución tiene que ser á su vez hablada. El matrimonio no es matrimonio á menos que los votos se cambien ante un eclesiástico y su sanción sea pronunciada; y entonces se supone que el lazo ata para siempre, aun cuando toda unión verdadera desaparezca, y la discordia, la infidelidad, el odio, hagan que las almas estén separadas en todo menos en nombre. La confirmación es una cuestión de óleo y de una mano episcopal. El proceso misterioso por medio del cual el mismo Dios se cree que se introduce literalmente en el cuerpo humano, por la transmutación de un pedazo de pan en Su propio cuerpo, hace que este pedazo de pan sea una condición para salvarse. La Extrema-Unción, sin la cual el alma que parte no está libre de peligro, requiere aceite consagrado y un sacerdote que lo administre. En cada paso se enseña al aspirante á la salvación futura, que esta salvación se alcanza sólo por medio de ritos y funciones externas y corporales. La reverencia se inculca y el culto se mantiene por una multiplicación de accesorios físicos; la «enseñanza por los ojos» es un método confesado. Imágenes, sagrarios, pinturas, estatuas, una aparatosa variedad de reliquias, recuerdos y objetos sagrados llenan las iglesias y las tiendas de objetos religiosos. Nada es demasiado delicado para el uso de la devoción; nada demasiado improbable para el servicio eclesiástico. Gotas de leche de la Virgen, pañales del pesebre, clavos y pedazos de madera de la

cruz, huesos viejos, harapos y cabellos, zapatos, camisas y calaveras se cuentan entre los tesoros inapreciables, por medio de los cuales puede la Iglesia asegurar un alivio del Purgatorio ó una riqueza en el Cielo.

Obsérvese también la naturaleza de las peregrinaciones. La Virgen Madre se supone que se ha aparecido á un niño en una aldea remota, ó la casa en que vivió la Sagrada Familia se cree que ha sido transportada por ángeles á través de los mares. Constrúyese un santuario, luego una costosa iglesia; el lugar tiene una santidad peculiar y facilita la dicha eterna; los milagros se multiplican, las multitudes acuden, se conceden indulgencias á todos los que quieran ir allí y pasar por ciertos ritos y oraciones. Se abandona el hogar, las operaciones se suspenden, la comunión del alma con Dios se empequeñece, al paso que el devoto viaja por mar y tierra para alcanzar un lugar más cerca de la deidad, una seguridad de salvación por medio de una piedra consagrada ó de una imagen milagrosa. Por supuesto, todo el concepto de la religión como una reforma solemne del alma humana individual, se desvanece ante la pintura visible de aquélla como un asunto de sentimiento, de genuflexiones, de apariencias tangibles y de reverencia artificial.

Sin duda alguna, se pretende que todas estas cosas no son más que una ayuda para la devoción, conductos por cuyo medio la gracia del cielo puede discurrir tanto más aprisa. Pero como hecho positivo, tan continuo es el énfasis sobre la potencia de la ayuda, sobre la certeza del conducto, que la mente del devoto, así como la del sacerdote, sólo piensa en la forma material. Verdaderamente, en lo que se refiere á los sacramentos, cualquier exigencia de capacidad interna es á menudo dispensada por medio de la doctrina del «*opus operatum*». Y en un caso particular, en el de la provisión para el baustismo de un niño no nacido, el materialismo práctico no puede ir más lejos; se llega al límite mismo de la posibilidad de condicionar el bien espiritual en un rito físico. Pero, en efecto, el sistema todo, con toda su maquinaria, aparatos, recursos y métodos, es un vasto intento para concretar las cosas del espíritu, para cristalizar la fe, la reverencia, las aspiraciones y el esfuerzo en una forma tangible que los sentidos puedan apreciar. Destrúyase la forma, y el sistema se vendría al suelo. Retírense el agua, el pan, las reliquias, el óleo y las ceremonias, y el alma perdería todo acceso á Dios. Soltadla en la gran iglesia de la Naturaleza, con el cielo por bóveda y la tierra por suelo y Dios en todas partes, y se sentirá abandonada y desamparada como un niño en un desierto. La religión

ha sido tan materializada, que nada quedaría si tal fábrica fuese demolida.

¿Puede decirse que las Iglesias no ritualistas no han materializado su religión? Casi no; pues de otra manera, no tan sumamente grosera, pero sí tan condicionada sobre un objeto sensible, representan la bienaventuranza futura dependiendo de la creencia. ¿Creencia en qué? En la crucifixión y muerte de Jesús. La dicha eterna sólo puede ser asegurada por una redención, un martirio físico en el cual el dolor sufrido es un *quid pro quo*, por aquello que el culpable debiera sufrir. El acto de la fe transfiere al pecador el tanto necesario del depósito capital de obligaciones canceladas, para libertarle de la responsabilidad personal y abrirle así las puertas del cielo. Sus propios méritos de carácter, espiritualidad, disciplina propia, esfuerzo altruísta, no cuentan para nada; el sabio y el ignorante, el devoto y el sensualista se hallan al mismo nivel; las cualidades inherentes no tienen valor; todo mérito y demérito es puesto á un lado como inútil; toda la cuestión está en si el individuo vuelve sus ojos hacia una ejecución sangrienta de hace 1900 años y concentra su todo en la realidad de tal cosa. Por supuesto, se llama la atención hacia la justicia que impuso tal sacrificio y al amor que tan voluntariamente lo aceptó; á los pecadores se les exhorta á la gratitud por la agonía voluntaria que hizo posible su deliberación y la de la raza humana; se les dice que todo será en vano si sus propias vidas no están de acuerdo con tal cuerpo de doctrina; pero, sin embargo, el gran énfasis debe ser sobre la creencia de que por medio de la sangre física viene la remisión de los pecados, y que el destino futuro pende de una transacción material. Los Evangelios y las Epístolas son inútiles como estimulantes espirituales si se excluye la redención; bórrese el Calvario, y no quedará nada sino máximas morales que pueden tener apariencia de plausibles, pero que carecen de la vida necesaria para inducir al asentimiento. Todo se concentra y depende de la sangre de la Cruz. Es la esencia, la vida, la médula del esquema cristiano de la salvación según se interpreta comunmente. Ahora bien; este es un concepto totalmente material. La gran fiesta es las Pascuas, y el hecho alegre que se cree se celebra es que, por medio de la resurrección física de Jesús de entre los muertos, los creyentes pueden igualmente levantarse, siéndoles devueltos sus cuerpos por la eternidad. Por supuesto, no son pocas las objeciones á tal idea, pues aparte de toda cuestión acerca de la posibilidad de volver á combinar de esa suerte los átomos físicos que han formado parte, muchas veces, de otros cuerpos, y pueden, por tanto, ser igualmente exigidas por los propietarios de los

mismos; y aparte también de la cuestión de si la restauración de los cuerpos desechados por sus moradores les sería beneficioso, hay dos serias cuestiones que los resurreccionistas pasan igualmente por alto. Una es que la inmortalidad del alma, suponiendo que el alma sea una entidad separada y determinada y no el producto de una organización física, no depende en modo alguno de la inmortalidad corporal. Si el alma puede existir y funcionar perfectamente durante el intervalo entre *la muerte y el Día de la Resurrección sin el cuerpo* que usó en la vida, ¿por qué no así después? Si el alma es inherentemente inmortal y el cuerpo palpablemente lo contrario, ¿qué prueba de inmortalidad y qué aumento de riqueza tiene aquélla por el hecho de que Jesucristo volviera á asumir un cuerpo ó que nosotros lo hagamos? Hacer que el asumir de nuevo un cuerpo físico sea necesario para la perfección de la existencia celeste, es una fase de materialismo tan extremado como la que más de la ciencia. El otro punto es que *la restauración del antiguo* cuerpo sería todo menos una merced para muchos hombres por completo dignos de la inmortalidad. Muy á menudo ese cuerpo ha sido un obstáculo, un peso y un tormento, asociado con recuerdos de dolores, humillaciones y tristezas; quizá deforme, repugnante y motivo de constante comparación con otros más favorecidos. Si el cuerpo ha sido bien formado, hermoso, admirado por otros y satisfactorio para uno, la certeza de recobrarlo puede ser placentera; pero como con la mayor parte de los seres humanos sucede lo contrario, ¿podría ser para ellos una seguridad placentera que el feo y desagradable antiguo ta*bernáculo, que se ha desechado tan oportunamente* á la muerte, sea revivido y vuelto á sus poseedores antiguos por toda una eternidad? Podéis decir que será un cuerpo «glorificado», pero á menos de que lo sea hasta el punto de no ser reconocido, la repugnancia persiste, y si es «glorificado» hasta tal punto, ¿cómo puede ser entonces ese cuerpo una resurrección?

Desde todos los puntos de vista y como quiera que se glose ó interprete la doctrina, cualquier revivificación de un cadáver al objeto de contribuir á la dicha inmortal del alma, que de él se ha libertado hace tiempo, es un ejemplo del más extravagante materialismo. Degrada la *elevada verdad de una existencia* espiritual *no* sujeta á la materia, y sustituye con conceptos groseros y ordinarios lo que debiera ser noble y delicado. La inmortalidad no «se da á luz» con semejante Evangelio, ni las mejores aspiraciones humanas ganan fuerza con tales perspectivas.

Con las tendencias presentes del mundo científico y las previsiones

acerca del porvenir del mundo religioso que acabamos de señalar, no cabe duda que se hace necesario encontrar algo mejor para los hombres serios si se debe atender á sus más íntimas necesidades. Su ciencia debe comprender las fuerzas invisibles que existen aparte de la materia y que se manifiestan por su medio, y su religión no debe estar tan encadenada á las cosas materiales que su movimiento progresivo sea entorpecido ó detenido. Una vez que se distingan debidamente las verdaderas relaciones entre la materia y el espíritu, la ciencia y la religión se fusionarán, cesarán de ser estudios diferentes, antipáticos, hostiles, mutuamente antagónicos, y serán reconocidos como departamentos relacionados de una gran filosofía de la vida, de una filosofía que abarca todas las verdades en una sola unidad. El nombre de ésta es Teosofía, y su extraordinaria expansión en la época presente es debida á que su necesidad ha sido especialmente sentida y porque las condiciones sociales é intelectuales han abierto constantemente el camino para su avance.

ALEXANDER FULLERTON.

(Se continuará).



SOBRE LA VIDA DE LOS BACILOS

APÓLOGO RUSO

EL profesor tomó una jarra medio llena de suero de sangre de ternera: una jalea amarillenta. Luego calentó al rojo blanco un alambre de platino, y después de dejarlo enfriar lo introdujo en un tubo de ensayo, en el que se desarrollaba lo que parecía una porción de curiosos pequeños abetos obscuros. Desprendió una partícula casi invisible de la obscura substancia y picó ligeramente con la punta del alambre la capa superficial de la transparente gelatina de la jarra. Hecho esto, tapó cuidadosamente la jarra con gutapercha y la colocó en un armario de cristal calentado uniformemente por un mechero de gas.

El profesor había descubierto un nuevo bacilo que él llamaba «variable» *(Bacillus mutabilis)*, porque sus investigaciones le habían demostrado que cambiaba con extraordinaria rapidez. Ahora deseaba hacer experimentos acerca del desarrollo consecutivo de muchas generaciones de este bacilo; colocó su jarra en un aparato cuya temperatura era la más apropósito para la vida de estos microbios, siendo su intención abrir la jarra al cabo de un año,

y estudiar las peculiaridades adquiridas por la millonésima generación de este extraño bacillus.

— Vivid un año precisamente — dijo el profesor con una especie de sonrisa paternal. — Tendréis alimento bastante para todo ese tiempo; multiplicad en paz, pequeños míos; si todo va bien, nos volveremos á ver de aquí á doce meses.

Luego, cerrando la puerta del pequeño armario, encendió el mechero de gas y se retiró á sus otros criaderos: los microbios del muermo, tifus, viruela negra, peste y otras fascinadoras castas que se desarrollaban apaciblemente en tubos de ensayo colocados en hileras en estantes de madera.

Había luz y calor en la jarra medio llena de la espesa gelatina. La luz pasaba al través de la puerta de cristal del armario, que estaba en el lado opuesto de la gran ventana del laboratorio. En la picadura casi invisible hecha en el centro de la superficie de la gelatina, los bacilos trasplantados por el profesor, principiaron el trabajo de su vida.

Absorbían la gelatina con avidez, la digerían, exudaban ptomaines y se multiplicaban sin cesar. Cada nueva generación, que sólo vivía una hora, se abría camino más y más hondo en la gelatina en la forma de un gran anillo, abriendo finos conductos en todas direcciones. En pocos días se formó en la clara gelatina un pequeño abeto blanco con largas agujas, y pronto su crecimiento empezó á invadir toda la jarra.

Después de medio año de cambios constantes, de renovaciones, de refinamientos, después de medio año de lucha y adaptación, la generación doscientas millonésima alcanzó la conciencia, y más adelante adquirió la capacidad de expresar el pensamiento, de suerte que cuando se aproximaba el término del año, la colonia de bacilos había alcanzado un alto nivel de desarrollo mental. Las ciencias y las artes florecían entre ellos. Estaban gobernados por un consejo de ancianos; y como había bastante alimento para todos, y la vida era corta, el sostenimiento del orden social y la administración de la justicia eran asuntos fáciles. La colonia, sin embargo, se había dividido en dos campos hostiles, por causas puramente intelectuales. Esto era debido, principalmente, á la nueva enseñanza del astrónomo Ji, que echaba por tierra la astronomía tradicional de Fi, la cual había existido por más de dos mil años bacilos (equivalentes á tres de nuestros días).

Fi había estudiado el resplandor del mechero de gas y la luz de la luna por la noche y la del sol en el día, y había expuesto una teoría astronómica fundada en los fenómenos diarios, pero que tenía un sabor de espiritualismo, como todas las teorías de gente joven. Enseñaba que la tierra, esto es, la gelatina, era un cilindro cuyas dimensiones podían calcularse con exactitud. La tierra se apoyaba firmemente en una cubierta de materia transparente, sobre la cual estaba el cielo, formado de aire y cubierto también de una materia transparente. Detrás del primer cielo había un segundo en el lejano horizonte (la puerta del armario) y un tercer firmamento (la ventana del laboratorio). Un luminar espléndido (el mechero de gas), origen del calor y

de la luz, estaba fijo é inmóvil á un lado de la tierra. Los otros dos luminares estaban localizados fuera del tercer cielo, que alumbraban á intervalos dados de tiempo.

Estas estrellas eran insignificantes en comparación del sol (el mechero de gas). Era verdad que derramaban rayos de luz en la tierra de los bacilos; pero lo hacían de un modo inconstante, y su calor era casi nulo en comparación del luminar del mechero de gas, que era fuente de toda vida en la tierra de los bacilos.

Los antecesores de Fi se prosternaban ante su sol como si fuese un dios, pero en los días de Fi mismo semejante adoración era llamada idolatría. Fi enseñó también que la tierra de los bacilos era el centro del universo, y que por ella ardía el gas y giraban los luminares menores, apareciendo á intervalos más allá del tercer cielo.

Como Fi había calculado lo que para nosotros serían los períodos lunares y solares, y había predicho qué generaciones verían otra vez el sol, y cuáles tendrían que contentarse con el mechero de gas y la luna (hablando en los términos de nuestro lenguaje), era considerado como un gran astrónomo, y nadie se atrevía á poner en duda que los bacilos no fuesen los seres más perfectos que existían y la creación más amada del Demiurgo. Debe confesarse, sin embargo, que esta orgullosa teoría les hacía mucho provecho y los estimulaba al progreso intelectual. Creían que con el tiempo adquirirían formas más perfectas y pasarían más allá del tercer cielo, á aquel mundo en que se movían el sol y la luna. Su aspiración más elevada era hacerse movibles, á fin de viajar de un lugar á otro, de cuya facultad carecían en su estado presente. Sólo sus descendientes podían marchar hacia adelante; los adultos morían cuando aquéllos nacían.

Por medio del estudio de los antiguos establecimientos, los bacilos sabían que la colonización había tenido lugar desde arriba, donde se encontraban los restos de las estructuras antiguas. Pero de donde habían venido los primeros habitantes no lo sabían. Fi creía que habían sido creados por el Demiurgo.

Dos mil años habían transcurrido desde que el gran Fi concibió su teoría astronómica en la que fundaba su existencia la raza entera de los bacilos.

En esta teoría estaban basadas su moralidad, su vida social, su poesía y sus artes. Todas sus manifestaciones del poder creador arrancaban de esta teoría, que se había convertido con el tiempo en un axioma incuestionable. Es verdad que muchos sabios habían hecho observaciones que no podían explicarse por completo ni rebatirse por la escuela filosófica bacilocéntrica de Fi; pero estas observaciones eran refutadas ú ocultadas, ó bien se inventaban algunas explicaciones más ó menos alambicadas, basadas, por supuesto, en la referida teoría.

Ji, que había osado declarar la guerra á la creencia universalmente adaptada, era un bacilo nada común. Debido á sucesos desgraciados, su raza, al estar abriendo un pozo en la nutridora gelatina, se encontró en un país in-

terceptado por otros conductos, y cuyos habitantes se habían esparcido fuera por todos lados.

Debido á la mala alimentación, los antecesores de Ji se hicieron irritables y excesivamente enérgicos. No había gelatina fresca para ellos, tenían que volver á digerir los restos de los bacilos muertos y los picantes ptomaines que excitaban el sistema nervioso como sucede con todas las especias.

Hacía ya varios siglos que la casta de Ji estaba considerada como perversa, maliciosa, peligrosa y atea. Se le hicieron ventajosas ofertas para que emigrasen á distritos de gelatina aún vírgenes, pero las rechazó todas, asegurando que encontraría medios para vengarse del destino. La casta de Ji despreciaba la poesía y el arte, dedicándose al estudio de la ciencia exacta, y más especialmente á aquellos hechos que más chocaban con la teoría ortodoxa de Fi.

Ji enseñaba que la tierra de los bacilos era un átomo insignificante, el cual, juntamente con el mundo externo (esto es, el laboratorio) giraba alrededor del sol externo, que estaba fijo; que el mechero de gas era un volcán activo permanente, que arrojaba llamas causadas por la combustión de gases en las entrañas del universo; que el mundo externo podía estar habitado por bacilos de otro orden, ó por grandes comunidades movibles de los mismos. Después de largos estudios de los restos de los antiguos bacilos, había llegado á la conclusión de que habían venido á la existencia por generación espontánea de la materia nutridora. Su multiplicación, era, según creía él, sin objetivo, debía su manifestación á la combinación favorecedora de condiciones cósmicas. Todo lo que existía lo resolvía en dos principios: materia ponderable y éter imponderable, el cual llena el espacio entre la tierra y los cielos y trasmite la luz y el calor.

Enseñaba que no había principio alguno de fuerza; que los fenómenos de la gravitación, calor, luz, electricidad, atracción molecular, etc., estaban basados en la vibración del éter.

El universo — decía — no era más que una especie de inmenso reloj, eternamente andando, cuyo funcionamiento excluía todo libre albedrío. No contenía otra cosa que materia ponderable é imponderable, móvil é inmóvil, *pero sólo materia.*

Los discípulos de Ji fueron aún más allá que su maestro. Se negaron á seguir las costumbres populares, sin importárseles infringir las reglas de moralidad, y se distinguían por su profundo pesimismo. Muchos de ellos se suicidaban, encontrando que la vida no valía la pena de vivirse. ¿Por qué arrastrar una existencia sin objeto—decían—que termina en la muerte, después de la cual sólo hay la descomposición? No podemos abrirnos camino hasta el tercer firmamento; por tanto, es inútil soñar con ese cielo. Si pudiéramos conseguir que la tierra hiciese explosión en el espacio, eso sería lo mejor para todos. Cuando se les hablaba acerca del Demiurgo que había creado el universo para ellos, se reían. Mostradnos ese Demiurgo — decían. — El mundo está creado para el sufrimiento; la materia organizada está maldita;

sólo la inorgánica es dichosa. Mientras más desarrollado es un bacilo, tanto más sufre. Tal es la ley del mundo. Vuestro Demiurgo es cruel, porque previó lo que nos esperaba en el porvenir, y como vosotros decís que es bueno, resulta claro que no existe. No hay objetivo alguno en nada; no existe más que una eterna cadena de causas sin sentido y de efectos inevitables.

Semejante predicación causaba disturbios en el pueblo. Dos partidos: los Jiistos y los Fiistos se batían con exasperación. Hasta los bacilos más estúpidos se alistaban en uno ú otro bando. En lugar del estado apacible é idílico de los tiempos anteriores, reinaba una época de gran conmoción, guerras civiles y persecuciones.

Cada cual veía en su contrario un cúmulo de vicios, y en su compañero en creencias una aglomeración de virtudes. Los ancianos habían perdido su antigua autoridad y eran impotentes para restablecer el orden. Prohibieron la propaganda de las teorías de Ji, pero nadie hacía caso. Principiaron á perseguir á los Jiistas y á aprisionarlos, pero el número de los librepensadores crecía rápidamente á medida que los predicadores de la nueva doctrina aparecían revestidos del manto del martirio. Por último, el de más edad y el más sabio entre los ancianos, Fri, propuso que se verificase una gran reunión, á la que asistiese el viejo Ji y el más eminente de los discípulos de Fi, el filósofo Ri.

En las entrañas mismas de la tierra, en la base del pozo principal, bajo el dosel del cielo de gutapercha, entre las tumbas de los antiguos bacilos, sobre un estrado, tomaron asiento los ancianos. Ante ellos estaban Ji y Ri, rodeados de sus respectivos partidarios, y llenando todos los conductos, tan lejos como podía alcanzar la vista, estaban las innumerables tribus de microbios, reunidas para oir la discusión decisiva.

Casi las tres cuartas partes de las gentes estaban al lado de Ji, confiados en una brillante victoria de su ídolo. En todos los rincones de los pasillos había retratos de Ji: delgado, flaco y siniestro, con cinco largas piernas espirales. Grandes carteles se presentaban por todos lados á la vista, con inscripciones tales como «¡Muerte á los fanáticos!», «¡Adelante!», «¡Abajo el sentimiento!», etc.

El más sabio de los ancianos, Fri, á quien sólo quedaban pocos días más de vida, pronunció un férvido discurso con voz trágica. Dijo que una doctrina que conducía á la inmoralidad, al suicidio, á la disención, á la enemistad, no puede ser verdadera. Sólo puede serlo aquella que no choque con la prosperidad. El Demiurgo, en su amor sin límites por sus hijos, había creado á los bacilos para una vida dichosa; ¿no había él acumulado un depósito gigantesco de materia nutritiva, que duraría por espacio de muchos millones de períodos solares? Los antepasados, siguiendo la voz de la conciencia, eran sabios y felices; las artes y la ciencia florecían. Las magníficas pinturas de los antiguos maestros no habían sido sobrepujadas. Las majestuosas construcciones del pasado no tenían nada que se les igualase en los edificios modernos.

En lugar de negar las leyes de la vida, el pueblo debía ejercitarse en el trabajo creador, á fin de por lo menos igualar á sus antecesores, y no seguir á falsos maestros, cuya labor había ya producido tan pésimo fruto.

Luego el anciano se volvió á Ji y le rogó que se arrepintiese. «Ved lo que vuestra enseñanza ha producido» — dijo. — «¡Mirad los abandonados templos, los altares por tanto tiempo sin incienso! ¡Mirad las madres entristecidas é insultadas por sus hijos corrompidos; los padres sin consuelo en su ancianidad! ¡Mirad la desunión y la discordia que han resultado de vuestras doctrinas! Nuestros antecesores, guiados por la enseñanza de Fi, vivían felices y estaban unidos. Por la tumba de nuestros comunes antepasados, os exhorto á que os corrijáis y á que confeséis vuestro error. Confesad vuestra falacia y no sigáis negando la ley eterna que nos ha colocado en el centro del universo para una existencia dichosa. No atraigáis sobre nosotros la cólera del Demiurgo. Él es grande y magnánimo, y en su poder está el aniquilar nuestra hermosa y floreciente tierra! Yo os exhorto de nuevo, arrepentíos y devolvednos la paz, la dicha y la alegría!» Y el venerable Fri, bañado en llanto, cayó de rodillas ante Ji y golpeó el suelo con su cabeza.

Ji, sombrío y con ojos resplandecientes, levantó respetuosamente al anciano y le dirigió el discurso siguiente: ¡Oh sabio Fri, no apeléis á mi corazón, sino á mi razón! Un filósofo tiene que ser ante todo honrado. Si está seguro de lo que enseña, si ningún fenómeno lo contradice, no debe renunciar á la verdad, y después de hacer traición á su causa volver á creencias ignorantes y erróneas.

Yo os amo, pero amo la verdad aún más. Me causa gran pesadumbre ver todas estas disenciones, pero no he sido yo el causante. Esta diferencia de opiniones sólo demuestra que el antiguo estado de cosas no puede seguir satisfaciendo á un bacilo moderno, cuya inteligencia ha crecido por encima de aquél. Tampoco soy responsable de las deducciones sacadas de mi teoría. Acordáos de que cada nuevo pensamiento penetra en la conciencia después de una lucha. Si estoy en el error, probádmelo; pero si no, ¿cómo puedo yo renunciar á la verdad en favor de alguien ó de algo?»

Fri, no dudando ya de la impenitencia y obstinación de Ji, le dijo severamente: «La falsedad de vuestra doctrina será ahora públicamente demostrada por el sabio Ri, la autoridad más grande en nuestra fe, y cuya misión será poner de manifiesto la falacia de vuestras enseñanzas. «¡Que hable el gran sabio Ri!»

Ri se levantó y todos los ojos se volvieron á él. Era un bacilo de buen carácter, sonrisa astuta y ojos bondadosos y chispeantes. Era hijo de un anciano, miembro del Consejo, y su vida había sido dichosa. Había amado todo lo bello, especialmente las mujeres y las pinturas hermosas. Su amor por lo bello era su guía en la filosofía. Esto le resguardaba de los extremos. Las producciones literarias de Ri eran luminosas, exquisitamente acabadas é indicadoras de una mente bien equilibrada. Lo veía todo por el prisma de la belleza, y adivinaba mucho que los «sabios» ni siquiera soñaban. Fué el pri-

mero que introdujo el principio: «Para ser sabio tenéis que ser rico.» El partido de Ji le odiaba. Cuando se levantó á hablar, de todas partes salieron los murmullos de sus enemigos. Sólo los ancianos y unos pocos bacilos de edad provecta le dieron una débil bienvenida.

«Entro á contender con un adversario más poderoso que yo, con la luminaria de nuestras ciencias. Mi sólo sostén en la controversia que se avecina será la sombra del gran Fi, y la conformidad con mis opiniones de los más sabios y más poderosos ancianos de la tierra (con un saludo en dirección del estrado). En los pasados tiempos han caído á menudo tempestades y sombras sobre el segundo cielo. Algunas veces, durante un minuto ó cosa así, el ardiente sol que nos proporciona el calor, se ha apagado; pero siempre hemos creído que volvería á calentarnos y así hemos vivido llenos de esperanza durante aquella transitoria adversidad. El gran Fi nos dió principios de dicha. Estos son negados en nombre de la ciencia. ¿Por qué ha de evaluarse la ciencia más alto que la dicha? No lo sé. Suponiendo que así deba ser, veamos lo que la ciencia de mi renombrado rival nos ha acarreado realmente.

Descontento de la vida, conciencia de nuestra propia insignificancia, desprecio y violación de las leyes. Y las leyes no son invenciones arbitrarías de la mente, sino que son traídas á la existencia por la acción unida de todas las condiciones de la vida del bacilo. Son leyes de la sociedad, no leyes de la naturaleza. ¿Por qué, pues, destruir los principios de la sociedad por causa de las llamadas leyes naturales? La naturaleza no ha cambiado desde los tiempos del gran Fi. El sol continúa dándonos calor y luz como antes; en todas partes existen aún depósitos suficientes de alimento. ¿Por qué hemos de ajustar nuestra vida á meras abstracciones?

Vuestros cimientos invisibles, esas teorías con que queréis reemplazar la sabiduría que nos han legado nuestros antepasados, ni siquiera pueden sostenerse ante la crítica. Se me dice que no creéis en la existencia de un poder causante superior; que la materia inerte animada se pone en movimiento por el éter material movible. Asi queréis explicar el sistema del universo. Para explicar vuestras leyes hay que presuponer una energía potencial que se transforma en fuerza viva, pero que no podemos determinar. Esta energía potencial actuando á distancia asume diferentes formas, á saber: las de las potencialidades del pensamiento, las de la acción muscular y nerviosa, etc...»

Pero las últimas palabras del venerable Ri fueron ahogadas por un ruido atronador de exclamaciones y alaridos. La muchedumbre de los partidarios de Ji gritaron: «¡Terminemos; basta ya de sandeces! ¡El viejo mentecato ignora lo que es física!», y así sucesivamente, hasta que el ruído se hizo de todo ensordecedor.

Por un momento, Ri miró á la multitud orgullosamente; luego, volviéndose hacia los abandonados ancianos, volvió á subir tranquilamente al estrado. Sentóse en medio de ellos, retorció sus antenas en silenciosa angustia y ocultó el rostro en su manto.

Sostenido por sus partidarios y dueño entonces absoluto del campo, Ji se dirigió otra vez á los ancianos y dijo con voz tonante:

«Este no es lugar para disputar sobre los detalles de la ciencia, y no debéis hacerlo porque confundís lo temporal con lo eterno, vuestros propios deseos con las imposiciones de la naturaleza. Conozco cuanto hay acerca de la energía potencial oculta que invocáis para rebajarme. Queréis decir que el universo tiene su potencial que fué creada por la energía de alguien, esto es, por la del Demiurgo. Pero semejante explicación sólo es posible aceptando el milagro. No existe tal milagro; mostradnos siquiera uno en la historia de nuestro mundo, *un solo milagro auténtico* en el curso de los millones de años que nuestra raza ha existido en la tierra. Todas las cosas se suceden con encadenamiento natural. Antes nos contentábamos con las leyes de nuestros predecesores, porque esas leyes respondían á nuestras necesidades. Ahora ha cesado su suficiencia y queremos cambiarlas. Lo más importante de todo es ahora que conservemos un espíritu científico sano, y que la mente se impregne de la idea de la relatividad y de lo transitorio de todas las cosas. Las leyes y las instituciones son tan inestables como nosotros. El pensamiento es una exudación del cerebro, como la transpiración lo es de la piel. La rectitud y el ácido sulfúrico son igualmente un producto de las fuerzas naturales. Decidme ¿dónde está el milagro?»

«¡El milagro es imposible y lo será siempre!»

Ji echó hacia atrás la cabeza orgullosamente, como desafiando al antiguo dios á singular combate, y su mirada quedó clavada en el espacio. Sus ojos se dilataron, tornóse lívido y vaciló...

Los que le rodeaban alzaron los ojos al cielo llenos de sorpresa, que fué reemplazada por un mudo terror.

Una sombra obscura, espantosa, se movía sobre la cúpula; luego una parte de la misma se abrió, una oleada de frío llegó á los microbios y una obscura y temerosa columna, semejante á la mano gigantesca de un inmenso mortero, descendió del cielo, se hundió en la tierra, cogió á Ji, á su rival y á la excitada multitud y los transportó corporalmente á otro mundo, á otras esferas, más allá del segundo cielo.

....

Era el sabio, que transcurrido el año, había cogido algunos bacilos con su varilla de platino, para investigar sus nuevas peculiaridades.

G. Syromiatnikoff («Sigma»).



DEFENSA DE H. P. BLAVATSKY

Con gusto reproducimos la valiente protesta de los teosofistas ginebrinos contra una serie de ataques dirigidos á la mamoria de nuestro venerado Maestro, H. P. Blavatsky: esta protesta ha sido publicada en la *Tribune de Gèneve*, y reproducida por el *Bulletin Theosophique*, de París:

«*Ginebra 25 de Junio.*

»Señor Director:

»Los abajo firmados, miembros de la Sociedad Teosófica, reunidos en dos grupos en Ginebra, protestamos contra la agresión insólita dirigida por dos periódicos de esta ciudad contra los secuaces de una doctrina que satisface plenamente nuestros corazones y nuestras inteligencias.

»Es para nosotros un objeto de veneración la memoria de Mme. Blavatsky, autora de la *Doctrina Secreta*, de *Isis sin velo*, de la *Clave de la Teosofía* y de un gran número de obras diversas, en que se revela una erudición profunda que se extiende á los más variados conocimientos, una extraordinaria energía de pensamiento y una poderosa vida psíquica; cualidades todas que no se acomodan con la idea de una persona preocupada del fraude y la impostura.

»Pero no tenemos delante otro testimonio en contra suya, que el más *que sospechoso de los esposos Coulomb, único sobre el cual* Mr. Hodgson, cuya referencia se nos cita, ha fundado sus acusaciones, con desprecio de las reglas más elementales de la equidad y del procedimiento que se emplea en todos los pueblos civilizados. Añade éste pruebas que, ejecutadas por tal pareja, inspiran tan poca confianza como sus dichos, como también argumentos de grafología, en los que se ve, como en el proceso Dreyfus, peritos que se desmienten á sí propios y cambian de opinión á tenor de las sugestiones de que son objeto.

»Mr. Hodgson ha declarado, según personas absolutamente dignas de fe, que si la información hubiera de repetirse, la seguiría de manera distinta. Y es sensible que Mr. Hodgson niegue este propósito que, á no dudarlo, sería honroso para él.

»En resumen: ni en la información llevada á cabo por Mr. Hodgson, ni ni en las pretendidas revelaciones de Mr. Vsévolod Solovieff, cuya personalidad es de la naturaleza notoria de las que quitan toda autoridad á sus asertos, vemos cosa alguna que pueda inducirnos á renegar de la que, en unión del venerable coronel Olcott, fundó la Sociedad á que pertenecemos.

»Tal es nuestra convicción. Si fuese diferente, no vacilaríamos en declararla, aunque la manifestación nos causase dolor. La Teosofía ha existido antes que Mme. Blavatsky, aunque de otra manera piensen los que le atribuyen «su invención ó su maternidad», ignorancia que hubiese disipado fácilmente un simple diccionario histórico, consultado á tiempo, y seguirá existiendo después de élla y sin élla.

»Mr. Hodgson, que aunque injusto con las personas, sabe separarlas de las doctrinas con más seriedad que nuestros detractores ginebrinos, manifiesta en su informe que nada tiene contra la Teosofía, á condición de que se saque de otras fuentes que la autoridad de Mme. Blavatsky. Esta autoridad es tal para nosotros, porque procede de un gran espíritu y de un alma generosa. Pero élla no es la fuente de la antiquísima sabiduría cuyos arcanos nos descubrió Mme. Blavatsky.

»Esta sabiduría se llama por los Hindus *Brahma Vidya,* de cuyo término es traducción literal en lengua griega la palabra Teosofía. Adoptada por los neo-platónicos en los primeros tiempos del cristianismo, sirvió más tarde para designar las ideas de Thomas Moore, Paracelso, Weigel, Eckhart, Jacobo Bœhme, Swedenborg, Saint-Martin y Saint Germain.

»Hace doce años el sabio Burnouf, con simpatía muy acentuada, mostraba esta corriente de pensamiento atravesando las edades, para venir á parar en el movimiento de que Mme. Blavatsky se había hecho apóstol ardiente y decidido. Nosotros nos hemos asociado á este movimiento, porque emancipa nuestros pensamientos de los límites estrechos que tratan de imponerle las sectas religiosas y científicas; porque da á nuestras almas un vuelo que la tiranía de los dogmas se propone abatir; porque nos hace más libres, más religiosos, mejores; porque no nos arranca ninguna creencia que nos sea querida, exigiéndonos tan sólo que profundicemos en cada una de ellas, y prometiéndonos que, al obrar así, reconoceremos que todas estas creencias son idénticas y que llegaremos á la verdadera fraternidad.

»Deseando de todo corazón alcanzar este fin, que es el más grande que conocemos; resueltos á huir de todo lo que separa y á buscar todo lo que une, hemos llegado á la Teosofía, como han llegado otros más esclarecidos que nosotros, tales como William Crookes, Pierre Loti, Jean Dampt y muchos más, bastante elevados para no ser detenidos por el orgullo y bastante fuertes para no temer el estudio de lo que otros más débiles afectan mirar con desdén.

»A este estudio queremos consagrar todas nuestras fuerzas, y á él convidamos á nuestros adversarios de hoy, los cuales, por más violentos que parezcan, quizá serán nuestros hermanos de mañana. Este es el único efecto que deseamos producir.

»En nombre de la rama *Dharma,* el comité: Condesa Martha Prozor, *presidente.*—Georges Fary, *vicepresidente.*—W. Metford, *secretario.*—Em. Audevud, *tesorero.*—En nombre de la rama *Unité,* el comité: Th. Darel, *presidente.*—B. Taillefer, *secretario.*—M. Chaillet, *tesorero.*»

*

EL CORONEL ENRIQUE S. OLCOTT,

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA, EN BUENOS AIRES

(Conclusión).

En la Biblioteca pública de la ciudad de La Plata, y el día 21, víspera de aquel en que debía hablar el Coronel Olcott, pronunció el Sr. Sorondo, con objeto de preparar al auditorio, el siguiente discurso que tomamos del diario *La Libertad*, que allí ve la luz, y que publicó en su número del mismo día:

«*LAS CONFERENCIAS DEL CORONEL OLCOTT*

La de mañana en la Biblioteca.

El discurso del doctor Sorondo.

Sobre un tema tan interesante como nuevo disertará mañana el coronel Olcott en el salón de nuestra Biblioteca.

¿Qué es la Teosofía? He ahí la materia que abordará su autor. Se ha hecho *tanta mixtificación* alrededor de esta ciencia, conocida reciéntemente en el mundo occidental; se ha usado tanto por charlatanes y explotadores, que no es extraño que mucha gente no crea en la seriedad de los principios que sienta. Recién ahora, tendremos oportunidad de formar una idea clara, porque el coronel Olcott es el jefe de la Sociedad Teosófica, y su palabra traducirá los principios y anhelos de sus partidarios.

La primera conferencia, que se dió hace dos días en Buenos Aires, fué todo un éxito, por la concurrencia que asistió y por la manera como fueron recibidas las palabras del conferenciante.

Esperamos, pues, y para satisfacer un justo deseo del público, damos á continuación el discurso con que el doctor Alejandro Sorondo, secretario de la Cámara de Diputados de la Nación, presentó al coronel Olcott al numeroso público que habrá *concurrido á escucharlo.* Él da una idea del objeto del viaje y la propaganda de sus doctrinas.

Helo aquí:

«Señoras y señores: Cábeme la satisfacción y, al mismo tiempo, el honor,

de ser quien presente á ustedes al sabio y distinguido conferenciante cuya palabra escucharemos en breves momentos.

Él llega desde muy lejanas tierras, desde aquel hermoso país ocupado ahora por la antigua Aryavarta, la India actual, teatro de las legendarias hazañas de Rama, y al que la Naturaleza, con marcada predilección, embelleció, tal vez para que pudiera ser un día, como lo fué, digna cuna de esa inteligente y noble raza que, después de haber alcanzado allí las más altas cumbres de la civilización, se derramó en seguida por Occidente sembrando entre los pueblos, entonces incultos, de la Europa, las semillas cosechadas por él en muchos y largos siglos de difícil pero fecunda labor.

Como abnegado misionero de la causa más grande, más pura, que le es dado al hombre sobre la tierra perseguir, el señor coronel Olcott—que abandonó por ella la cómoda situación que su talento y sus vastos conocimientos le habían creado en los Estados Unidos, su patria,—recorre todos los años alguna parte del mundo, llevando, donde quiera que va, la enseñanza del amor y de la fraternidad que la Teosofía encierra en su sin igual doctrina, enseñanza que nunca deja de encontrar simpático eco en el corazón humano, que presiente en ella el camino que á la felicidad conduce, pero eco que, desgraciadamente, suele, por lo general, perderse entre el ensordecedor murmullo de los apetitos y pasiones que conmueven y dominan nuestro ser.

Presidente vitalicio de una Sociedad que se ha impuesto, como sagrado deber, el luchar sin tregua ni descanso por el triunfo del elevado fin inscripto en su programa, su tarea es incesante y ruda, pero también llena de esos supremos é inefables goces con que siempre premia la conciencia los esfuerzos en favor del bien.

Hoy sus pasos lo han conducido hasta nosotros, entre quienes breves días debe permanecer; y los que desde aquí nos hemos enrolado como humildes soldados en las filas de aquella Sociedad—tan injusta y ligeramente apreciada muchas veces—, esperamos que aquel hecho ha de dar en el suelo argentino copiosos y benéficos frutos para la causa, que es común á toda la humanidad.

La índole especial de los estudios científicos modernos, que arrastra á la inteligencia á explorar sólo una faz de la naturaleza—encerrando aquélla dentro de estrechos horizontes é impidiéndole remontar su vuelo hacia más elevadas regiones, donde tiene que ser más amplio el campo de su acción y desde donde se puede dominar mejor el panorama que se pretende abarcar, —ha alejado, por una parte, el espíritu de investigación de los importantísimos y verdaderos problemas de la vida que allí el Universo nos presenta, sin cuyo examen es vano buscar en la materia bruta el secreto de nuestra dicha, que es el que, ante todo, debe preocuparnos. Por otra parte, el torpe charlatanismo, que especula con la candidez humana y con esa inclinación á lo sobrenatural y milagroso, que tan fuertemente se arraiga en muchos espíritus, y que no es otra cosa que uno de los productos más genuínos de la ignorancia, ha contribuído también, y poderosamente, á torcer la dirección

del pensamiento actual, haciéndolo caer en falsas y retrógradas manifestaciones, impropias de una época que se vanagloria de haber erigido á la razón en diosa.

Además, existe en el siglo en que vivimos, como consecuencia de los mismos adelantos realizados por nuestra ciencia materialista sin ideales, una tendencia, cada día más marcada, á no considerar otras cuestiones que aquellas que pueden conducirnos á la satisfacción de un apetito, á la gratificación de una pasión ó de un deseo, ó al cumplimiento de un anhelo egoista y personal; todo lo que aparta la mente de su verdadero punto de mira y excluye de la observación tranquila los múltiples é interesantes fenómenos de otro orden que tienen por teatro, no sólo nuestro ser interno, sino el vasto escenario de los mundos.

No fué ese el camino seguido por el saber antiguo, al cual la humanidad debe sus mejores y más hermosas conquistas, las que, heredadas por la Teosofía, iluminan el misterio de las religiones y explican y coordinan los fenómenos de la naturaleza, aparentemente ajenos los unos á los otros, pero ligados todos por las mismas leyes que, de igual modo, accionan tanto en el mundo físico como en aquel donde vive perpetuamente invariable la conciencia.

La Teosofía no es, pues, lo que el vulgo ignorante se imagina: un simple entretenimiento, bueno sólo para espíritus cándidos y sencillos. Ella encierra en sus páginas, inmortales porque llevan impresa la verdad, la filosofía más amplia, más completa y más profunda que la humanidad ha podido concebir, á través de sus experiencias de siglos numerosos; su método de investigación científica no está limitado por prejuicio alguno, y tiene como guía infalible, para penetrar en el dédalo engañador del Universo, el hilo que le han proporcionado ciertas leyes generales cuyo conocimiento data desde tiempos remotísimos.

Por fin, robustece á la Religión Una, de la cual las diversas creencias ó iglesias no son sino los distintos trajes con que aquélla se viste, según las épocas y los pueblos donde debe ser presentada, explicando las verdades que se ocultan bajo los diferentes símbolos, mitos y leyendas de que en cada caso se rodea, para mantener mejor, fija y activa sobre ella la imaginación siempre inquieta y turbulenta de los hombres.

Eso es la Teosofía, cuyo nombre significa «saber divino»; y la Sociedad que contribuyó á fundar el venerable anciano, cuyos numerosos méritos he creído inútil exponer, propende á difundir su conocimiento por el mundo.

Pero él debe mantener vuestra atención al respeto; y al dejarle la palabra para que desarrolle el tema que, á pedido nuestro, debe tratar, os ruego queráis permitirle que se exprese en francés, pues ignora el español, y le disculpéis al mismo tiempo las faltas de lenguaje en que pueda incurrir hablando un idioma que también le es extranjero.»

La Prensa, diario de Buenos Aires, en su número correspondiente al 21 de Septiembre último, daba cuenta de la llegada del Coronel Olcott á dicha ciudad, y se refería á la conferencia que el día antes dió en la Sociedad Literaria Inglesa en la forma siguiente:

«EL CORONEL H. S. OLCOTT,

Presidente de la Sociedad Teosófica.

Ha llegado á Buenos Aires, en el vapor *Marck*, procedente de la India, con escala en los Estados Unidos de América y Londres, el coronel H. S. Olcott, Presidente de la Sociedad Teosófica.

Viene á Buenos Aires con el fin de visitar las Ramas de la Sociedad Teosófica que existen en esta ciudad, cuyos nombres son: «Luz», «Ananda» y «Vi-Dharmad». Con este motivo dará algunas conferencias sobre Teosofía en esta ciudad y La Plata.

Días antes de embarcarse en Southampton para Buenos Aires, recibió de Chile una invitación para que fuera á fundar una Rama en Santiago; pero el coronel Olcott no pudo aceptarla, por tener que regresar en breve á la India, donde debe presidir la Convención anual de la Sociedad Teosófica.

La divisa de esta Sociedad es: «No hay religión más elevada que la verdad», y su programa es el siguiente:

1.° Formar el núcleo de una fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2.° Fomentar el estudio de las religiones, literaturas, y ciencias de los arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

El señor coronel Olcott partirá en el *Mark* el 25 del corriente, de regreso á la India. En Yokohama se embarcó en el vapor *Río de Janeiro*, que naufragó cerca del puerto de San Francisco (California), y de cuyo naufragio se salvó el Sr. Olcott por haberse quedado una semana en Honolulu para dar conferencias.

La Sociedad Teosófica, de que es Presidente el coronel Olcott, fué fundada en Nueva York el 17 de Noviembre de 1875 por él mismo y por madame H. P. Blavatsky.

Esta Sociedad tiene hoy 386 agrupaciones ó ramas esparcidas en los dos hemisferios, con cerca de 30.000 adeptos, cuyo número progresa rápidamente.

Los grupos más importantes de teósofos existen en Asia, y principalmente en la India, que posee 209 ramas ó agrupaciones locales, teniendo el coronel Olcott en Madrás su residencia habitual, que es el cuartel general de la Teosofía.

Allí está el archivo y la importante biblioteca de la Sociedad, con milla-

res de antiguos manuscritos indios en sanscrito, el idioma sagrado y clásico de la filosofía oriental.

Europa tiene 82 agrupaciones, América 71, Occeanía 23 y Africa 1.

—En el salón de la Sociedad Literaria Inglesa el coronel Olcott dió ayer por la noche, ante un numeroso público, la anunciada conferencia sobre las doctrinas teosóficas que cuentan en nuestra ciudad un núcleo de adeptos.

* * *

El coronel Olcott empezó su discurso explicando cómo la humanidad vive divorciada del sentido común, pues éste no se revela ni en sus actos, ni en su manera de vivir, ni en las ideas, ni en las acciones más ordinarias.

Todo ó casi todo se produce fuera del sentido común. Esto procede de que el mundo sigue una marcha contraria á la recta filosofía, llena de oscuridades y de dudas, y de que nadie sabe de dónde procede. La filosofía de los arios, en que se inspira la Teosofía, se remonta á la misma fuente de la antigua literatura india é ilumina en sus enseñanzas todos los grandes problemas que han preocupado á los pensadores acerca de lo que es el Universo y el hombre.

La verdad nos viene del Oriente, porque allí se ha conservado intacta en sus libros sagrados y en la tradición de sus pueblos, que la heredaron de los mismos arios.

El conferenciante agregó que la Teosofía no es una religión, sino la fuente de todas las religiones, la síntesis de la ciencia y de la filosofía, la cual nos trae una luz viva que ilumina todos los problemas científicos y filosóficos.

En una palabra, la Teosofía puede condensarse en este lema: «No hay religión más elevada que la verdad».

El conferenciante, que supo interesar en alto grado á su auditorio con su palabra llena de calor al par que elegante y fácil, fué saludado con merecidos aplausos.

El domingo próximo dará el coronel Olcott una conferencia en francés en la Biblioteca pública de La Plata.»

Aquí terminan los datos que hemos recibido de Buenos Aires respecto del viaje del coronel Olcott á la América del Sur, y cuya publicación hemos creído de interés para nuestros lectores teosofistas, por la importancia que revisten en el desarrollo del movimiento teosófico en las Repúblicas Sud americanas, en donde en breve, según noticias particulares últimamente recibidas, se formará una Sección que abarcará todas las Ramas Sud americanas y las del Centro América, hasta que éstas puedan á su vez formar una Sección.

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

45. Ni un grano de polvo, ni un átomo puede convertirse en *nada*. Y el hombre cree que la muerte es el aniquilamiento de su ser.

Es un consuelo sensible en todo momento el poder decirse: la muerte es tan natural como la vida.

Sí pudiéramos ver tan distintamente en el porvenir como en el pasado, el día de nuestra muerte nos parecería tan familiar como el tiempo lejano de nuestra juventud.

(SCHOPENHAUER: *La Vida, el Amor y la Muerte*, III.)

46. Mal, bien; he aquí la triste y disforme mezcla. El bien es sudario al propio tiempo que mantillas; el mal es sepulcro á la vez que cuna; ambos se producen, y la vida es su sello. Los atemorizados ó esperanzados filósofos sueñan, y no existe entre ellos más diferencia al revelar el Edén, y aun al probar su existencia, que el verlo detrás ó delante. Los sabios del pasado dicen: el hombre retrocede, sale de la luz y penetra en el crepúsculo; el hombre ha partido del todo para naufragar en la nada. Ellos dicen: bien y mal. Y nosotros: mal y bien.

Mal y bien, ¿es esta la frase exacta? ¿la cifra única? ¿el dogma? ¿la sola túnica de Isis? Mal y bien, ¿estriba en eso toda la ley? ¡La ley! ¿Quién la conoce? Alguno de nosotros, fuera de sí como dentro de sí mismo, bajo el cúmulo de los hechos, de las épocas, de las edades, ¿ha penetrado en ese antro y sondeádole? ¿Hay alguien que desembrolle el germen original? ¿Alguien ve el punto extremo del túnel? ¿Hay quien vea la base y el techo á la vez? ¿Hemos penetrado siquiera la naturaleza? ¿Qué cosa es la luz y qué cosa el imán? ¿Qué el cerebro? ¿De qué se forma el movimiento? ¿De dónde procede que falte el calor á los rayos de la luna? ¡Oh noche! ¿Qué cosa es un alma? ¿Son almas los astros? ¿El perfume es el alma errante del pistilo? ¿Sufren las flores? ¿Piensan las rocas? ¿Qué cosa es la onda?

(VÍCTOR HUGO: *El año terrible.*)

47. . . . los misterios fueron siempre inaccesibles al vulgo, y, como tales, no dejaron nunca de ser venerados y observados estrictamente; de donde debemos concluir que había algo en su naturaleza que se oponía á que pudiesen ser profanados. En cuanto al objeto de los misterios, no era otro que

el de enseñar á los hombres las formas modelos en todas las cosas, de las cuales sólo están acostumbrados á ver las imágenes.

. . . .

En ellos se enseñaba á los hombres que *además de las cosas sometidas al cambio y á las transformaciones,* hay aquí también algo inmutable, uniforme é indivisible, y que lo que se acerca más á lo divino é inmortal, es el alma; que el cuerpo, por el contrario, se asemeja á lo que cambia, se divide y transforma. En ellos se enseñaba, además, que las cosas individuales no se destacan de *lo absoluto, sino en lo que tienen de* diferencial y particular, aunque en el tiempo hayan llevado, con el principio de su individualidad y de su unidad, la imagen, y en cierto modo, el sello de lo indivisible absoluto. Ahora bien; como notamos esta semejanza de las cosas concretas con lo inmutable en sí, y como vemos que se esfuerzan *por conformarse con éste* en la unidad, *aunque no* lleguen á conseguirlo nunca completamente, es necesario que hayamos conocido ya antes de entrar en el tiempo, antes de nacer, por consiguiente, el tipo modelo de lo inmutable, de lo indivisible absoluto; modelo que expresamos por el estado anímico que ha precedido al estado actual, y en el cual participaba *de la percepción inmediata* de las *ideas eternas ó tipos* de las cosas. También debemos reconocer que el alma sólo ha salido de este dichoso estado por su unión con el cuerpo y por su tránsito á la existencia temporal; que los misterios han sido representados como una institución cuyo fin era atraer por la *purificación del alma á los que en ellos tomaban parte,* el recuerdo de esta primera intuición de las ideas de lo verdadero, cuerpo visible para la resurrección, puesto que se concede á los bienaventurados un cuerpo glorioso, y puesto que los antiguos padres han concedido un cuerpo sutil á los ángeles? Esta doctrina es, por otra parte, conforme al orden de la naturaleza establecida sobre las experiencias; porque como las observaciones de muy hábiles observadores nos hacen juzgar que los animales no comienzan cuando el vulgo cree, y que los animales seminales o las simientes animadas han existido ya desde el comienzo de las cosas, y el orden y la razón quieren que *lo que ha existido* ya desde el *principio no acabe; y así* como la generación no es más que un crecimiento de un animal transformado y desarrollado, la muerte no será más que la disminución de lo bello y de lo bueno en sí, para llevarlas por este camino á la suprema felicidad. Como la verdadera filosofía consiste en el conocimiento de *lo eterno y de lo inmutable, se sigue* que la doctrina enseñada en los misterios, era el de la filosofía más sublime, más santa y más perfecta que la antigüedad nos ha transmitido; de modo que los misterios se relacionan realmente con la mitología, como creemos que la filosofía se relaciona con la poesía.

(SCHELLING: *Del Principio divino y natural de las cosas.*)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—*Madrid.*